

# ¿UN SOCIALISMO DE AGUA BENDITA?

Pablo VI ha lanzado un nuevo documento político-social después de unos días de sensación periodística en los que se filtraron las ideas principales, pues varios periódicos —*Corriere della Sera*, de Milán, e *Il Messaggero*, de Roma— publicaron extractos del documento.

¿Cómo pudo producirse en el discretísimo Vaticano esta filtración? Nadie lo sabe, pero se piensa que los obreros de la tipografía vaticana, que no se sienten solidarios de la política vaticana, pudieron ser el vehículo de esta fuga literaria.

Porque hace tiempo que entre algunos obreros del minúsculo Estado de la Iglesia cunde la inquietud, y hay reivindicaciones pendientes, que producen un estado de ánimo poco propicio a la colaboración al tático secreto que era norma allí en estos días. Y no es extraño que *Il Messaggero* precisamente recibiese esta información, en pago de la valentía con que se hizo solidario hace poco del malestar social de los tipógrafos de la imprenta vaticana. Pero esta es una simple hipótesis, porque a veces también algunos eclesiásticos han estado mezclados en asuntos parecidos, según se dice, y no se puede descartar la posibilidad.

El hecho es que, a pesar de la rigurosa investigación vaticana que se ha seguido, no se ha podido averiguar cómo dos días antes de hacerse público el documento se pudo publicar casi completo en esos dos periódicos, que son los de más difusión en Italia.

El Papa tenía un interés manifiesto y extraordinario por esta carta apostólica dirigida al Cardenal Roy, presidente de la Comisión Pontificia Justicia y Paz.

Su tono sencillo, sin la pompa usual en estos documentos —salvo en el anacrónico detalle del «Nos» mayestático que todavía se emplea—; la explícita decisión de presentarlo como un planteamiento de cuestiones más que un elenco de soluciones paternalistas ya hechas (contra lo que fue, por ejemplo, la *Rerum Novarum* que el Papa conmemora); todo esto avala la idea de que Montini —igual que le pasó a Juan XXIII con la *Pacem in Terris*— pretendía con él algo nuevo en la historia de las enseñanzas eclesiásticas.

La postura de Pablo VI es, en este caso, de búsqueda en colaboración con los creyentes, y no de imposición, como otras veces se usó en tales documentos de la Iglesia. Al final de sus palabras le dice clara —y modestamente— al Cardenal Roy, y a todos los hombres y grupos cristianos a quienes indirectamente se dirige, que esta nueva «encíclica» (porque, aunque técnicamente no haya querido llamarla así el Papa, para evitar malentendidos de autoritarismo anacrónico, prácticamente lo es) sólo se trata de un conjunto de «reflexiones» que propone a la consideración de todos.

Esto es lo más importante y decisivo de este escrito. Y a partir de este dato hay que enjuiciar el conjunto y sus detalles.

Todo el mundo se plantea si se trata en él de un viraje en la orientación de la Iglesia o de una simple continuidad en sus enseñanzas políticas y sociales. Y para ello hacen algo que, a mi modo de ver, está equivocado: cogen frase tras frase y párrafo tras párrafo y comparan sus afirmaciones con las que están en otros escritos pontificios famosos, sean discursos como el de 1941 de Pío XII, sobre la propiedad y la cuestión obrera, o encíclicas como la social *Mater et Magistra* o la política *Pacem in Terris*, de Juan XXIII.

Y se encuentran defraudados, porque no hay gran cosa nueva en lo que son afirmaciones positivas, o llamadas negativas de atención, en la carta apostólica «Octogesima Adveniens». Sobre la propiedad o el desarrollo económico-social nada se avanza. El tema del marxismo, y su posible aceptación por los cristianos, queda sustancialmente estancado en la práctica distinción del Papa Roncalli entre ideología inspiradora de un movimiento social y la realidad histórica de este movimiento. Y se saca la conclusión —como hizo aquel otro Papa— de que si la primera resultase incompatible con el cristianismo, la segunda puede no serlo en buena medida.

Pero no es esto lo interesante o lo nuevo. La novedad reside en lo que no se afirma ni condena: en las cuestiones que plantea y en las perspectivas que abre. Y quizá más que en ninguna otra cosa en los cambios de detalle que suponen un fuerte y quizá decisivo viraje hacia una realización del

anhelo que tenemos todos de que el creyente como creyente tenga más importancia práctica, en su pensamiento y decisiones, que el estamento jurídico-directivo de la Iglesia.

Cuando, por ejemplo, en algún momento parece que debería dar el Papa una palabra decisiva, se queda vacilante y afirma que le «es difícil pronunciar una palabra única». Cuando todavía recuerdo la alergia que muchos de nuestros Obispos tenían a la Acción Católica hace unos años, porque quería adoptar una postura sincera y pública —en cada uno de sus movimientos obrero, intelectual o estudiantil— respecto a las realidades sociales de nuestro país, en cambio, dice ahora el Papa que no es a la Jerarquía a quien le incumbe frenar o decidir esto, sino que es un derecho —que la Jerarquía debe, por tanto, proteger— de los católicos no sólo individualmente, sino comunitariamente. «Incumbe —dice— a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país». Y al hablar del papel en ello de los Obispos no les pone como únicos elementos a tener en cuenta los católicos en este juicio y en la acción que debe seguirse de él, sino que pone en el mismo plano «el diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad». Porque, al final, reconoce el Papa noblemente que es «cada uno quien debe situar su responsabilidad y discernir en conciencia las acciones a las cuales está llamado a participar». No se concibe transformar las estructuras injustas de la sociedad los creyentes en solitario separados de los demás, o unidos sólo con los que piensen de manera uniforme con ellos, sino «en unión con los demás hombres». Y, a pesar de la condena de la ideología marxista atea, hablando de los diferentes socialismos, en cuanto son una organización económico-social, afirma que la valoración de los elementos negativos y positivos que entrañen en concreto cada uno de ellos es algo que «permitirá a los cristianos considerar el grado de compromiso posible en estos caminos, quedando a salvo los valores en particular de libertad, de responsabilidad y de apertura a lo espiritual».

Por eso, si, en una primera lectura, puede parecer verdadera la afirmación de L'Unità de que «no introduce novedades en el plano de elaboración teórica con respecto al Concilio ni tiene el amplio respiro de las encíclicas de Juan XXIII», esta afirmación resulta incompleta, como lo han visto tanto el socialista italiano *Avanti* como el comunista francés *L'Humanité*. El primero dice que «la Iglesia modifica su juicio sobre el socialismo», porque en este documento «se está lejos de los exclusivismos de León XIII, Pío XI y Pío XII». Y el segundo afirma «la novedad del lenguaje» que en él se aprecia, y comentando la orientación del documento afirma que, «por irreductible que sea, en el plano filosófico, la oposición entre el materialismo científico y el principio religioso... en los países sometidos todavía al dominio financiero la lucha se intensifica y amplía no entre creyentes y ateos, sino entre explotados y explotadores, entre los monopolios y la masa inmensa de sus víctimas, y los cristianos participan en número creciente en esta lucha».

De ahí que el periódico vaticano *L'Osservatore Romano* escriba significativamente —en un sorprendente y nuevo desprendimiento de la política italianizante de grupo llevada a cabo por él frecuentemente hasta ahora—: «Nada excluye la búsqueda y el diálogo con los movimientos que dominan la escena mundial... El cristiano debe moverse, vivir y, dentro de ciertos límites, colaborar en finalidades concretas con otras fuerzas políticas y sociales... Lo que no puede hacer es cambiar su «credo» social por causa de ellas».

Es cierto que el documento de Pablo VI resulta insuficiente a todas luces de cara a los avances legítimos de muchos católicos, pero, a pesar de su cautela, resulta importante —hecho un balance completo de todo él— por el nuevo tono adoptado y por las expresiones abiertas que, a pesar de todo, contiene, y que deben hacer reflexionar serenamente a los católicos temerosos, o rutinarios, o conservadores que no comprenden el dinamismo esencial del cristianismo. No olvidemos que la mayoría de los creyentes actuales son moderados o conservadores, y necesitan —a pesar de todo— de este agujón, demasiado suave para mi gusto, y aunque sea objetivamente insatisfactorio, como en mi opinión lo es.

MIRET MAGDALENA